



El Maestro Fr. Francisco de Vitoria

Ciencia Tomista 1 (1910) 1-9

Luis G. Alonso-Getino, O.P.

I Claves olvidadas

Uno de los fenómenos dignos de consideración en el núcleo de las clases intelectuales de hoy es el concepto que se han formado del sistema escolástico y de los hombres que lo personifican.

La escolástica constituye la esfinge más curiosa en el mundo del pensamiento actual. Con su tecnicismo rígido y desusado, con sus fórmulas aceradas, ofrece una valla insalvable a cuantos en ellas no se hayan adiestrado, a cuantos no sean escolásticos. Y como en ese caso se encuentra la mayor parte de los doctos –la casi totalidad de los que no son escolásticos– de ahí que para la gran masa de los doctos, educados en otros métodos, la escolástica sea- y no tenemos por qué maravillarnos- algo esotérico y amorfo, especie de vocabulario religioso puramente nominalista, que en virtud sólo del germen fideístico se impuso en la Edad Media y hasta parece a muchos que retrasó la marcha triunfadora de la razón humana.

A este convencimiento inculpable, hijo de un sistema de educación alejado del medieval, se sustraen algunos espíritus perspicaces, los cuales columbran desde fuera, en la actividad de aquellas enérgicas generaciones, infiltradas de espíritu escolástico, algo de lo que a la escolástica se debe. Fue, dicen, la gimnasia del pensamiento en su estado infantil; fijó las ideas, formó la lengua y el alma del pueblo medieval, una lengua sencilla y transparente, un alma confiada y luchadora, condición de existencia para el alma moderna. No puede negarse a la escolástica esas grandes virtudes primitivas; su defecto capital es la monotonía, la ausencia de relieves, de caracteres literarios y hasta de genialidades de forma. A sus férreos moldes de adaptan ideas y estilo y salen de ellos con la uniformidad que el metal derretido de los troqueles de acuñación. El espíritu escolástico, grandioso y secular, cabe todo él en una estatua.

Bien se les alcanza que para formular juicios de esa jaez sería preciso familiarizarse con los escritores escolásticos; entienden, como nadie, que no han franqueado la valla de la comunicación, que aún no disponen de la cifra reveladora, que su competencia para fallar aquí es igual a la que tendría para apreciar con juicio un trozo de literatura griega quien no estuviese hecho a leer y traducir y comparar en esa hermosa lengua.



Como nos ocurre a muchos con la música que se levanta mucho de lo popular y corriente, que no podemos clasificar estilos, ni distinguir un Donizzeti de un Bellini, así los que se educan en alejamiento completo de la técnica de la *Escuela*, hacen de toda ella un solo procedimiento, un solo pensamiento, un solo estilo. No conciben que Escoto se distinga tanto de Santo Tomás y éste de Alberto el Grande, como Velásquez de Rafael, que sea tan evidente como la dulzura de Virgilio la majestad de Suárez, la originalidad de Vázquez, la esplendidez de Cano, la concisión de Báñez, acendrado y denso como el metal de las montañas de su patria. No pueden ver en las galerías de la Escuela personalidades inconfundibles en pensamiento y en estilo; no comprenden que los grandes maestros de nuestra escuela, lejos de ser uniformados, fueran tan indomables y tan férreos en sostener sus juicios como el Gran Capitán o el Duque de Alba en mantener sus posiciones.

No puede comprenderse todo eso sin una preparación especial; no puede rastrearse siquiera mientras no se popularicen ciertos nombres y se contrasten sus iniciativas con las de otros escritores análogos. Y de esto último tenemos la culpa los que nos hemos educado en ese método y tan poco hacemos por traducirlo al lenguaje moderno.

Esto es tanto más necesario cuanto que la *Escolástica* será un asunto palpitante por los siglos de los siglos. Dominó setecientos años las inteligencias más esclarecidas; no cabe presumir que se pierda de vista.

Y si bien es cierto que en nuestros días aumentan los que la juzgan con benignidad, también lo es que nunca ha sido tan terrible, tan inevitable la omnisciencia de los que estudian algo. ¡Cualquier persona docta en algo se resuelve a ignorar lo que pasó por alta cultura en setecientos años!

Nuestro objeto al iniciar en *La Ciencia Tomista* esta sección de tomistas ilustres, no es otro que luchar contra ese concepto vulgar que confunde en el gran ejército de la escolástica las graduaciones y los cuerpos, y dar a conocer con textos en la mano la influencia que tuvieron en la historia de la cultura algunos miembros esclarecidos del tomismo español, cuyos elogios no pueden confundirse ni agotarse.

La presentación de esas grandes figuras no es sólo un medio de aclaración histórica, es también una enseñanza de gran provecho y actualidad. La humanidad, paralelos a los grandes progresos, nos señala regresos lamentables en el orden del arte, de la ciencia, de la moral, del carácter, de la comodidad misma. No hay ley más evidente en la historia que esos regresos en medio del progreso; ni corolario más natural que debamos marchar a la conquista del porvenir estudiando el pasado para malversar los preciosos tesoros de nuestro patrimonio espiritual.

II

Significación de Vitoria en la Escolástica

Entre los discípulos y comentadores de Santo Tomás, ninguno puede disputar la palma ni en la genialidad ni en la influencia al doctísimo Cardenal Cayetano.

Los tomistas de cepa ven en él un titán de la metafísica que se propuso batir trinchera por trinchera las posiciones escotistas y logró acabar con la preponderancia –así se lo figuran al



menos- de una escuela que se hombreaba con la tomista. Desde entonces la lucha se plantea entre Cayetano y Escoto, y la figura del Angélico se cierne a otras alturas.

Los teólogos todos, sin perdonarle ciertas extravagancias, osadías y nebulosidades, le toman por menor y por guía para entender al Sol de las Escuelas, considerándole como su verbo. Capreolo, con su título y todo de *Príncipe de los tomistas*, quedó relegado a segundo lugar; Deza, el sutilísimo *Hispalense*, contemporáneo del Cardenal, pasó casi desapercibido por escribir cuando él; los comentaristas posteriores, con haberlos de la talla gigantesca de Suárez y de Juan de Santo Tomás, con un número nuevo en la pléyade de teólogos ilustres que marcan su huella y destacan su personalidad por siempre inconfundible en la historia del pensamiento; pero que no cambian los surcos de la exégesis tomística del Cardenal, presentado todavía por León XIII como el más inteligente y genuino intérprete entre los centenares que tuvo Santo Tomás de Aquino.

¡Qué intuiciones las de ese hombre admirable! Sus puntos de vista se despliegan como inmenso abanico y esclarecen maravillosamente las cuestiones más distanciadas. Los que hayan tenido que sustentar conclusiones de la *Suma Teológica* en concertaciones y actos literarios saben muy bien que vale más para la resolución de las dificultades que pueden surgir una advertencia, un *advertit thomista*, de Cayetano, que muchos *sed contra* y dificultades resueltas de otros teólogos eminentes. Mientras los demás buscan al detalle objeciones y las resuelven por menudo, Cayetano sube, abarca con su mirada de águila y da una solución que las prevé, que las resuelve todas. Verdadero mago de la táctica espiritual, sorprende las conjunciones del pensamiento, las adivina, las espera en el punto de cruce.

Desde entonces no hay un teólogo ilustre que estudie a Santo Tomás sin consultar a Cayetano, que es para todos el notario mayor del tomismo, a pesar de sus audacias escripturísticas, hasta aquí tan desacreditadas entre católicos y exhumadas en nuestros días por muchos como atisbos de un pensador que se adelantó cuatro siglos a su época¹.

Pero si el purpurado italiano va al frente de los comentaristas de Santo Tomás, de los tomistas todos como escritor, un teólogo español es el primero como pedagogo, como maestro de clase, como expositor oral y como organizador de escuela: Francisco de Vitoria. Menos sutil y más práctico, menos dado a escribir libros y más amigo de formar hombres. Vitoria no iguala a Cayetano, ni en la agudeza, ni en la influencia en las opiniones y matices de escuela; pero le excede en la gravedad y mesura teológicas, en la gloria de los incomparables discípulos, en el empuje dado a las escuelas, y, sobre todo, en la aplicación de la teología a otras ciencias subordinadas.

De Cayetano asegura nada menos que el venerable La Puenta, ‘que en la cera de la teología escolástica halló la miel de la teología mística, fabricando con ambas suavísimo panal’; de Vitoria testifica Georgi en la mismísima biografía de Gentili, escrita para las fiestas del centenario, que ‘es el verdadero padre de la ciencia del Derecho internacional’, antes que Grocio y que Gentili.

El Cardenal, gran aristócrata del pensamiento, elevaba la teología, y al elevarla la sustraía a los que no fueran místicos o teólogos; el profesor de Salamanca –nunca pasó de ahí– la humanizaba aplicándola a la política, al derecho, a la sociología.

¹ En las obras escriturísticas no desmiente su carácter de pensador concentrado y sintético. Como recuerdo a la bendita memoria de mi querido amigo el Ilmo. Sr. Soto Mancera (q.e.p.d.) recordaré lo que decía hace muy pocos días visitando esta redacción: ‘Yo, leyendo cinco minutos los Comentarios a los Evangelios de Cayetano, puedo hablar una hora sin repetirme nada’. Y el Sr. Soto nada tenía de escolástico; era, por el contrario, el ingenio más popular y dicharachero.



Cayetano divide la historia del tomismo en dos épocas completamente diferentes en sus relaciones con el escotismo; Vitoria es línea divisoria de toda la Escolástica en sus relaciones con las ciencias sociales, en las que transfundió su espíritu teológico. Por eso se contempla con gusto y con admiración como Cayetano robustece la escuela tomista batiendo el *record* de la abstracción, manejando armas de adelgazada y casi invisible factura, armas de esas que sólo se forjan en los cerebros poderosos, y a la vez observamos con placer inefable cómo Vitoria humaniza ese espíritu y lo encarna en el alma del público con sus explicaciones y sus libros y en las nuevas legislaciones con sus *consultas*, o, por mejor decir, con sus respuestas a los Reales Consejos. Para mayor fortuna, Cayetano escribió en pleno renacimiento, cuanto todo el mundo volvía la vista a Italia y a los escritores italianos; y Vitoria enseñaba cuando España era la nación más influyente de la tierra y sus leyes influían en todas partes.

En una galería de tomistas ilustres debe otorgarse el primer puesto a Cayetano; en una de eminentes tomistas españoles debemos comenzar por Vitoria, superior a Cayetano mismo bajo muchos respetos, y en el cual 'se encuentra en germen, como dice Menéndez y Pelayo, todo el asombroso florecimiento teológico de nuestros siglo XVI'. Florecimiento, no sólo superior al italiano en el orden filosófico-teológico, sino también a cuantos registra la historia.

III *El tesoro escondido*

La gloria de Vitoria como restaurador de la teología y de la filosofía española es una hermosa página escondida en los dorados folios del siglo XVI. Melchor Cano, Alpizcueta, Vasco, Matamoros, trazaron los rasgos más lucientes y fueron el heraldo de aquella gloria, el hilo transmisor de aquel soplo divino, que entonces cundió por España. Sus elogios y otros análogos hubieran convertido a Vitoria en un personaje mítico para los españoles y desconocido para los extranjeros sin la aparición de algún documento auténtico en que verificar su exactitud. Semejantes documentos suelen, en la generalidad de los casos, perjudicar a sus autores en el concepto de las gentes, como el trato de una persona cuyas prendas, antes de conocerla, han sido idealizadas por un panegirista.

Con Vitoria no ocurrió eso. La obra que después de él morir publicaron sus admiradores franceses con el título, no muy propio, y desde luego muy poco expresivo, de *Relectiones Theologicae*, operó, fuera de la nación, algo de lo que la palabra del maestro había operado dentro; esas *Relectiones*, simples capítulos desperdigados de su labor de clase, fueron la base y punto de partida del Derecho internacional, de la limitación jurídica del derecho de fuerza, sirvieron como de sombra protectora al intercambio jurídico, a la solidaridad mundial, al respecto al vencido en su persona y en sus bienes.

La influencia de Vitoria fue inmediata, aunque el reconocimiento de sus iniciativas tardase en llegar. La opinión europea, guiada por pasión protestante, enemiga natural de España y de sus católicas glorias, colocó en las sienes de Grocio la corona de fundador del Derecho internacional.

Corrieron los tiempos; al sectarismo protestante sucedió el sectarismo racionalista, más peligroso en el fondo, pero más imparcial en los detalles, imparcial de verdad en lo que no es común a católicos y protestantes, sino que tiende a dividirlos; los tratadistas de Derecho



internacional estudiaron con calma a Grocio y después a Gentili, y averiguaron y confesaron que las doctrinas filantrópicas sostenidas por los dos juristas protestantes habían sido enseñadas en fórmulas más generosas y restrictivas, cerca de un siglo antes, por el genial filósofo español, que fustigó las demasías de la guerra frente a Cortés, a Pizarro y a Carlos V, no sin que este príncipe guerrero llegara a molestarse.

Nosotros, los españoles, lo sabíamos ya, porque no somos tan ignorantes de lo nuestro; lo sabíamos sin atrevernos a contarlo muy alto, por temor de no ser creídos fuera de nuestras casas. Hace unos cuantos años salieron tres hombres a decirlo a la calle, tres hombres que gozaban de gran autoridad entre nosotros y de no escasa nombradía al otro lado de las fronteras: el Cardenal González, que lo afirmaba por su cuenta, y los Sres. Hinojosa y Menéndez y Pelayo, que nos enteraban de que Mackintosh, Wheatton, Giorgi, etc., etc., tenían flema para afirmar lo propio allá en lejanas tierras, en las mimas de los que pasaban por autores de la obra de Vitoria.

¿Consiguieron algo nuestro mayor filósofo de entonces, el más docto investigador de nuestra obra jurídica y el más erudito y celebrado de nuestros publicistas? Algo sí; que voces tan autorizadas nunca caen en vacío; algo de opinión fuerte, que osaba reflejarse en citas de libros, en artículos de revista, en discursos, en fondos de periódicos. Nada de biografías más o menos completas, edición nueva de sus obras, investigaciones acerca de sus ideas reformistas, de sus maestros... Y no hay que hablar de erección de estatuas, dedicación de calles, aquí donde cualquier farsante tiene media docena consagradas, ni menos de inspirar nuestra legislación moderna en las obras de un hombre que inspiró las más trascendentales leyes de las naciones civilizadas. Todos recordamos el día en que un gran idealista español, digno de otra época, el Exmo. Padre Cámara, requirió al parecer del Senado español en ese sentido, y le fue contestado por un conspicuo nuestro, que era la primera vez que sonaban en sus oídos aquellos nombres de juristas del siglo XVI que el Prelado salmanticense acababa de pronunciar.

Fuera de España no corrió Vitoria tan desastrosa suerte. La opinión extranjera era paralela a la nuestra, pero no inspiraba sus juicios en más o menos acreditadas crónicas, sino en el estudio de Puffendorf, Zouchi, Grocio, Suárez, Gentili, contrastados con Francisco de Vitoria. Hoy tenemos ya el extenso libro de Albertini *L'oeuvre de Francisco de Vitoria* y la notabilísima obra *Les Fondateurs du Droit International*, publicada por diez jurisconsultos eminentes el año de 1904, que ha puesto como el sello a la prioridad y principalidad de Vitoria entre los tratadistas de Derecho internacional. Conocemos también, por Albertini, el procedimiento que en la Universidad de París utiliza el profesor M. Pillet y aconseja a los discípulos que intentan hacer análisis fundamental de esta preciosa rama del Derecho. Se reduce a comprobar la substancia de las *Relectiones* que va envuelta en el famoso tratado *De Jure belli ac pacis* de Hugo Grocio: *Etudier la substance des Relectiones qui va en quelque sorte germer et s'épanouir dans le fameux traité de Grotius; analyser dans ce livre les traces de l'enseignement de Vitoria, qui a certainement inspiré Grotius.*

La figura de Vitoria tiene hoy un relieve extraordinario en el mundo científico: cuanto de él se diga, o nuevo o mejor estudiado, es recibido como pan bendito por los cien profesores y por los miles de alumnos de una asignatura que él creó. El solo hecho de divulgar en nuestra Patria la obra del gran educador desterrado ahora de ella nos parece ocupación digna de buenos españoles.

¿Quién sabe si en esta época de neronianos odios, en que se predica y se practica el asesinato de los seres más delicados e inocentes, de las vírgenes del Señor, el recuerdo de Francisco de Vitoria, que a los guerreros del siglo XVI les prohibía derramar una gota de sangre en



el saco de las más populosas ciudades, será como bandera blanca que haga deponer a muchos despulsados el puñal y los odios?

De cualquier suerte, la vida de Francisco de Vitoria está sin escribir, merece ser escrita, y nosotros, poseedores afortunados de muchos documentos inéditos, vamos a ofrecerlos al público, juntamente con los ya conocidos, y debidos principalmente al Sr. Hinojosa en la *Reseña biográfica* que leyó como discurso de entrada en la Real Academia de la Historia.

Los extranjeros, al citar a Vitoria, suelen referirse a los escasos datos que de él consigna en una edición de las *Relectiones* un documento de Inglostad y a la obra sobre los escritores dominicos de los franceses Quétif y Echard. Alguno que otro se refiere a la célebre y ya muy rara *Bibliotheca* de Nicolás Antonio, que desgraciadamente no ha tenido quien la reimprima y amplifique. Como si desde el meritísimo bibliógrafo hasta aquí no existiese España intelectual influyente, como no existió España política, ha quedado suspendida esa preciosa galería, tan necesaria para que las grandes figuras no aparezcan descentradas, sino en el puesto que la Providencia les señaló en la historia.

Biografías sueltas estimables vamos teniendo muchas; generalmente se refieren a esos que hemos quedado en llamar *literatos*, por no saber cómo llamarlos, pues basta que hayan escrito cualquier cosa en romance para darles ese dictado. Los científicos, que generalmente escribían en latín y solían hacerlo en estilo escolástico, esperan vez detrás de los graciosos e ingeniosos.

[El artículo continúa, en esta misma entrega, con otros apartados sucesivos dedicados a la biografía de Vitoria: IV Patria, Familia y Nombre; V. San Pablo de Burgos, VI. Vitoria en París; VII. Vitoria en París. El profesor].

En las sucesivas entregas posteriores la referencia es la siguiente:

- “El Maestro Fr. Francisco de Vitoria, *Ciencia Tomista* 2 (1910) 220-235.
[VIII. Vitoria en Valladolid; IX. Camino de Salamanca; X. Oposición a la cátedra de Prima de Teología]
- “El Maestro Fr. Francisco de Vitoria, *Ciencia Tomista* 4 (1910) 19-34.
[XI. Funciones de Maestro. -Vitoria Diputado.- Luchas con Carlos V.- Luchas intestinas.- Construcción del nuevo San Esteban.- San Ignacio Residenciado en él].
“El Maestro Fr. Francisco de Vitoria, *Ciencia Tomista* 5 (1910) 173-191.
[XII. Erasmo.- Policromía Interesante.- Celebridad y favoritismo.- La oposición a Erasmo en España.- Vitoria y Erasmo.- La Junta de Valladolid.- Parecer de Vitoria.- Carta de Erasmo.- Fin del erasmismo en España].
- “El Maestro Fr. Francisco de Vitoria, *Ciencia Tomista* 6 (1911) 356-367.
[XIII. Vitoria nombrando diputados.- Las cenas de los grados.- El uso del latín en las clases.- Medidas salvadoras.- La licencia de sacar libros.- Aumento de sueldo a los profesores secundarios.- Provisión de las cátedras de lenguas orientales.- Otras comisiones.- Vitoria tullido.- Es llevado en hombros al Aula].
- “El Maestro Fr. Francisco de Vitoria”, *Ciencia Tomista* 8 (1911) 181-206.
[XIV. Los manuscritos de Vitoria.- Carácter de sus explicaciones.- Carlos V arrimado a un banco de su clase.- Magnífica lección sobre el matrimonio con motivo del pleito de divorcio de Enrique VIII.- Revolucionaria lección del profesor de Prima sobre la conquista de América.- Carlos V escribe airadísimo al prior de San Esteban.- Analiza Vitoria los títulos de la Conquista.- Vitoria y Las Casas].



- “El Maestro Fr. Francisco de Vitoria”, *Ciencia Tomista* 9 (1911) 361-378.
[XV. Las guerras de Carlos y con los franceses.- Cartas de Vitoria contra ellas.- Sus relaciones con el condestable y su enemiga con Leiva.- Su afecto al emperador.- Consultas de éste.- Otras resoluciones importantísimas de Vitoria.- Las elecciones en el índice].
- “El Maestro Fr. Francisco de Vitoria”, *Ciencia Tomista* 10 (1911) 3-18.
[XVI. El siglo de oro de la ciencia española.- Preparando el terreno: Lebrija, Barboa, Silíceo, Córdoba y los Nominales, Oliva y sus oposiciones, el Pinciano, Frías.- Los grandes discípulos de Vitoria.- La Reforma de los Estatutos Universitarios.
- “El Maestro Fr. Francisco de Vitoria”, *Ciencia Tomista* 11 (1911) 184-196.
[XVII. Carácter de Vitoria.- Invitación para ir a Trento.- Fallecimiento.- Elogios].
- “El Maestro Fray Francisco de Vitoria”, *Ciencia Tomista* 16 (1912) 1-33.
[XVIII. Bibliografía. Impresos y Ediciones. Manuscritos].